

ALBACETE –PREGON

Permítanme antes de dar lectura al Pregón transmitirles algunos de los sentimientos y emociones que en estos momentos me embargan. Y créanme que lo hago venciendo alguna no pequeña resistencia interior porque castellano de pura cepa como soy no me resulta fácil expresar en público lo que atraviesa mi corazón.

Pero no puedo renunciar a ello porque quiero hacerles llegar lo que desde hace algunos días estoy sintiendo profundamente. En primer lugar mi enorme sorpresa al encontrarme hoy aquí ante todos ustedes en este monumental Teatro-Circo. Cuando hace algunos meses el Presidente de la Junta de Cofradías de vuestra Semana Santa Antonio Martín Ruiz me transmitió su intención de presentarme como Pregonero quedé muy turbado porque no acertaba a imaginar el origen de tan honrosa propuesta y aún hoy sigo preguntándome por qué habían pensado en mí que ni soy teólogo ni historiador de la religiosidad popular ni escritor de fama sino un simple periodista que ha consagrado, eso sí, la mayor parte de su vida a informar sobre las peripecias de la Iglesia. Además ningún vínculo familiar o de amistad me unía a esta gloriosa ciudad que el gran escritor José Azorín llamó “la Nueva York de La Mancha” . Comprendan, pues, que siga aún sin explicármelo.

Pero la sorpresa fue desde el primer momento acompañada por el agradecimiento a quienes me consideraban digno de desempeñar un papel tan honroso y comprometedor como es del pregonar una Semana Santa anclada en la historia y declarada de interés turístico nacional. Bien es verdad que no es la primera vez que me veo en una situación semejante porque antes de Albacete he sido pregonero de las Semanas Santas de Valladolid, donde nací y donde trascurrieron los primeros años de mi vida, El Ferrol, Carrión de los Condes, Cuenca, Segovia y Logroño, ciudades con las que de alguna manera me sentía vinculado por razones familiares o de amistad, algo que no sucede en el presente caso. Esa es una de las razones por las que hoy vuelvo a dar las gracias a todos los que, sin que yo sospechara nada, me han escogido.

Añadiría también que me siento honrado de manera muy especial porque antes de mi han ocupado esta tribuna albaceteños muy ilustres, hombres sobre todo y alguna mujer, que supieron exponer y desentrañar el secreto de una Semana Santa de arraigado abolengo histórico que no tiene por qué acomplejarse al competir con otras más famosas en el mundo como la de Sevilla o más ricas en tallas de imagineros como la de Valladolid.

Entre las personas que me han precedido en este honroso papel de pregonero quiero recordar no sin viva emoción al Cardenal Carlos Amigo Vallejo arzobispo emérito de Sevilla con el que me unió una muy entrañable amistad- él también era vallisoletano puesto que nació en Medina de Rioseco- y del que tuve el honor de ser sucesor suyo en esta tarea de pregonar la Semana Santa en varias ciudades. Él lo hacía, por supuesto, muchísimo mejor que yo con una intensidad de pensamiento y devoción que para mí quisiera y con unas dotes oratorias que cautivaban al auditorio apenas comenzaba a hablar.

He leído y releído más de una vez el Pregón que Fray Carlos, como gustaba que se le llamase, pronunció en el año 2018 y quisiera recoger dos de sus párrafos que, en mi opinión, siguen estando plenamente vigentes.

“A las Cofradías – dijo entonces- igual que a la misma Iglesia, se le presentan actualmente unos retos y unos desafíos que provocan a la fe cristiana y exigen una respuesta y nuevos compromisos. En un mundo en el que se ignora o se desprecia a Dios, solamente cabe el lenguaje transparente, sincero, religioso y testimonial de Dios, que ponga al hombre cerca de Dios, que haga ver a Dios. Un testimonio abiertamente confesante de la fe en Jesucristo, como revelación del Padre, será la mejor respuesta al desafío de la contracultura del agnosticismo, del fatalismo, del hedonismo y de la idolatría materialista en todas sus formas”.

En otro momento de su alocución el Cardenal formuló esta honda reflexión:” La fe es como esa música que llena todo de un sonido admirable y nuevo. Si no se escucha esa melodía de la fe desaparece la vida. Sin fe, la túnica es nada más que ropa acostumbrada en unos días señalados. El paso, carga pesada que llevar. Las imágenes, madera sin vida. La Cofradía, grupo de gente para preparar un festejo. La música y las flores, los adornos y las tradiciones, simples costumbres repetidas. Pero con la fe, la túnica es hábito de penitencia .El paso, trono bendito para unas imágenes queridas. La Cofradía, hermandad creyente y familia unida en el esfuerzo y en el sentimiento. La música y las flores y la armonía en el caminar, maravillosa sinfonía con la que se interpreta la memoria de la Pasión de Cristo. La fe lo ha cambiado todo”.

Estarán de acuerdo conmigo que es muy difícil por no decir imposible emular estos y otros párrafos de su pregón. Por esa razón no dudé en pedir su intercesión desde el

cielo cuando comencé a escribir estas páginas. Todo lo bueno que en ellas puedan ustedes encontrar a él se lo debo.

Cuatro años más tarde, en el 2022, y abriendo una excepción que os honra, fue pregonera mi admirada y querida colega en la COPE y en el periódico “La Razón” Cristina López Schliigting. También he leído su escalofriante testimonio sobre el dolor vivido en la propia carne y su, podríamos llamarla, conversión que expresó en el párrafo final de su pregón: “No he superado mi límite pero me dejo amar dentro de él .Ahora ya no tengo que censurar nada, ni mi dolor, ni su amor. Ni mi rabia ni su ternura. Ahora soy libre. De enfadarme o no, de amargarme o no, pero ya no me desespero porque Otro sale valedor por mí...Me limito a vivir la Historia de la Salvación. Porque no soy yo quien la hace. Él la hace. Yo sólo pido que llegue en mí la plenitud del ser. Mi sufrimiento, el vuestro también, es fecundo y bueno. Qué misterio”.

He escogido extractar algunos párrafos de dos pregones semana –santeros muy diversos entre sí y podría haber multiplicado los ejemplos con otros muchos más porque cada pregón refleja la personalidad, la historia y la sensibilidad de quien lo escribe. Y ese es su mérito y su riesgo.

Pero cabe preguntarse qué entendemos por Pregón de una Semana Santa y cuál debe ser el perfil de su pregonero. He acudido a la máxima autoridad lingüística la Real Academia de la Lengua que en su Diccionario recoge dos significados de la palabra Pregón: “Promulgación o publicación que en voz alta se hace en los sitios públicos de una cosa que conviene que todos sepan” reza el primero mientras el segundo más breve lo define como “alabanza hecha en público de una persona o cosa”.

Definiciones, en mi opinión, que sólo parcialmente se ajustan a lo que interpreta el pregonero que esta tarde se encuentra ante ustedes, pacientes amigos. Quiero recoger, por lo tanto, lo que en su día escribió un gran teólogo Monseñor Antonio Palenzuela que fue Obispo de Segovia: “Pregón, pregonar y pregonero – escribió- no son palabras que desdigan del lenguaje cristiano. Más bien hemos de afirmar que son palabras específicamente cristianas. “Pregón” es la palabra castellana ajustada a la predicación cristiana y su objeto, la muerte y resurrección de Jesús. Traduce la

palabra griega “kerygma”. En él encontramos lo substancial de la predicación y de la fe cristiana”.

Comprenderéis así de mejor manera por qué un sacerdote, como yo lo soy desde hace cincuenta y seis años, no puede considerar extraño a su misión pregonar una Semana Santa siempre que se le presente la ocasión. Y añadiría que esta obligación es hoy más urgente que nunca porque debemos oponernos a una poderosa corriente de la cultura dominante y del sectarismo político que trata de arrinconar la fe en el hondón de la conciencia o en el interior de la comunidad creyente y expulsarla del espacio público. En consecuencia es más que conveniente proclamar por las calles y plazas de nuestras ciudades el mensaje de la cruz y el testimonio de su adhesión a él. Y eso, precisamente, es lo que vosotros, albaceteños que me escucháis, os disponéis a hacer dentro de unos días y por lo que no puedo menos que felicitaros con todo mi corazón.

Al mismo tiempo y con su permiso no me parece inoportuno citar unas palabras escritas por vuestro prelado Monseñor Ángel Fernández en su artículo de saludo que abría las páginas del número 1 de la excelente revista “Cirineo”. “Permitidme que os haga una petición- escribía- no olvidéis que las procesiones tienen pleno sentido cuando son expresión de la fe de los cofrades en Cristo y en María Santísima. Recordad que cuando salimos a la calle con nuestros pasos procesionales de gran valor no sólo artístico lo hacemos no para expresar nuestra vanagloria sino para dar gloria a Dios y llevar a los demás a la Fe y a la solidaridad. Haced todo lo posible para que vuestro testimonio sea coherente en el día a día de modo que nadie pueda escandalizarse de nuestra falta de Fe y de nuestros pecados”.

Sí, es necesario insistir en que no son las carrozas por muy ricas que estas sean ni las flores, ni las luces. No son tampoco las túnicas de colores tan diversos, ni los capuchones ni las bandas de música ni los tambores, ni siquiera las maravillosas tallas de vuestros imagineros, entre los que sobresalen Adrián Ferrán, José Dies López y su hijo José Ángel Dies, José Zamorano o Juan González Moreno. Es más, mucho más: lo que avanza y desfila por las calles de vuestra ciudad son muchos años de piedad y de fe, de perdón y misericordia, de traiciones y de espíritu.

Hace algunos años un joven jesuita y cofrade segoviano Daniel Cuesta escribió un libro sobre la Semana Santa cuyo título “La procesión va por dentro” a más de uno le

pudo parecer una provocación pero que reflejaba una verdad como un templo: "Pese a la creciente secularización – subrayaba- el mundo cofrade experimenta en las última décadas una vitalidad y un auge que lo convierte en el mayor movimiento asociativo de cuantos hay en nuestro país".

Sin embargo el autor, sin citar nombres ni casos concretos, detectaba algunas miserias y pecados de las cofradías. Recojo tres de ellos; el primero" la auto-referencialidad de algunas cofradías que les hace vivir a sí mismas en continua comparación con las demás, buscan y valoran la belleza de la propia hermandad midiéndola con la de al lado, valoran su trabajo e implicación en comparación con lo que hacen otros. Los éxitos de los demás en lugar de ser alegrías, se convierten en amenazas para ellos".

El segundo es no menos evidente: el derroche de algunas hermandades que no ven problemas a la hora de endeudarse para comprar una nueva pieza de ajuar para las imágenes y sí tienen problemas cuando se trata de aumentar los donativos o las aportaciones a las obras sociales.

Por fin, y a mí me parece la miseria más grave, es la superficialidad que consiste en valorar las cosas por su apariencia y su exterior en vez de ir hacia su interior y su esencia. Así a algunos parece importarles poco que la vida cristiana de algunas cofradías sea muy pobre siempre y cuando sus procesiones sean más numerosas, más ricos sus enseres, sus cortejos más ordenados. "Este pecado- escribe el padre Cuesta – es además triste porque da la razón a todos aquellos que critican a las cofradías argumentando que lo único que les interesa es lo exterior".

Pero estoy seguro, por los testimonios que he podido recoger, que ninguna de las quince cofradías que participan e vuestra Semana Santa padece estas enfermedades y no sucumbe a ninguna de las tentaciones enumeradas.

Y ahora os invito a un viaje imaginario que nos traslada a Jerusalén, a las afueras de la que llamamos Ciudad Santa, hacia un lugar llamado Calvario, que en hebreo se llama Gólgota, trascripción de la palabra aramea "gúlguta" o lugar de la calavera. Una desolada colina a la que se llega después de recorrer un camino polvoriento. Hasta allí han llevado a Jesús cargado con la cruz, en compañía de dos facinerosos y bajo la férrea custodia de una soldadesca romana grosera y deseosa de acabar cuanto antes con su ingrata tarea.

Allí es desnudado sin piedad dejando a la vista de todos su cuerpo ensangrentado, víctima de una atroz flagelación, con la cabeza coronada de espinas y le han clavado en la cruz sin miramientos con la frialdad de quien cumple un horrible trámite tal vez mal retribuido. Para colmo de sarcasmos han clavado en lo alto del madero una inscripción en la que se lee: “Jesús Nazareno Rey de los Judíos”.

Poco después del mediodía hace un calor sofocante y en los alrededores sobrevuelan bandadas de buitres que se preparan para un festín succulento. Las tres cruces son alzadas, la del Nazareno está en el medio de las otras dos donde han sido colgados los dos ladrones, malhechores o más probablemente sublevados contra el poder romano. Les rodea una multitud vociferante, pandillas de morbosos espectadores atraídos por la curiosidad o por el deseo de asistir a un macabro espectáculo. Los escribas, los ancianos del pueblo y los sacerdotes del templo que han instigado el crimen que está a punto de consumarse forman un grupo aparte, compacto con la consigna de instigar al populacho y el deseo de confirmar con los propios ojos la ejecución de alguien del que en su momento temieron que pudiera arrebatárles el poder.

Para ayudar vuestra imaginación os invito a que dirijáis vuestra mirada a la imagen del Cristo de Consuelo, obra del escultor murciano Antonio Garrigós que nos preside. O si lo preferís a la de Nuestro Padre Jesús Nazareno de Medinaceli, al Santísimo Cristo de la Flagelación, al Santísimo Cristo de la Sangre, al de la Agonía, al Cristo de la Coronación de Espinas que vais a venerar dentro de unos días en las procesiones de vuestra Semana Santa. Esas venerables esculturas que salen a la calle y enriquecen vuestras iglesias os permitirán empatizar con el dolor que sufrió el Hijo de Dios para salvarnos a todos, a todos sin excepción como ha repetido tantas veces nuestro Papa Francisco.

Cuando en el ya lejano 2015 pronuncié el Sermón de las Siete Palabras en la Plaza Mayor de Valladolid me centré en comentar algunas de ellas y puse especial énfasis en la primera de todas: “Padre perdónales porque no saben lo que hacen.”

“Señor- así podemos dirigirnos ahora a Él- estás colgado de la cruz donde te han clavado. No puedes separarte de ese palo erigido entre cielo y tierra. Tu cuerpo arde por las heridas causadas y tu cabeza está atormentada por la corona de espinas. Tienes tus ojos inyectados de sangre, apenas puedes respirar pero sí contemplas a

esa chusma que ríe, insulta y blasfema. Y sin embargo Tú, incomprensiblemente, dices, pones en tus labios esa palabra que les disculpa, que les escusa: "no saben lo que hacen". Pero no, Señor, sí, sí saben; saben todo lo que hacen pero quieren ignorarlo.

El macabro espectáculo de esa turba vociferante a los pies de la cruz se repite también hoy en día porque hombres y mujeres de nuestro tiempo –nosotros mismos por supuesto- no saben lo que hacen. No saben lo que hacen algunos científicos que juegan con la vida humana como aprendices de brujo y se divierten en sus laboratorios clonizando al ser humano como si fuera un objeto privado de libertad y no el fruto del amor entre un hombre y una mujer.

No saben seguramente lo que hacen esos traficantes sin escrúpulos que lanzan al mar en miserables pateras a hombres, mujeres e incluso niños que huyen de la guerra, del hambre o de las calamidades climáticas con la única esperanza de encontrar una vida mejor y que muchos de los cuales acabarán en el fondo del mar convertido, como ha repetido tantas veces el Papa Francisco desde su primera visita a la isla italiana de Lampedusa, en un cementerio que multitud de veces ni devuelve los cadáveres de sus víctimas

Tampoco saben lo que hacen esos políticos corruptos y corruptores que sólo buscan el poder a cualquier precio y que no renuncian a la mentira y a la más barata demagogia con tal de alcanzar o conservar sus poltronas; solo les interesa servirse de su privilegiada posición en beneficio propio en vez de servir al pueblo al que menosprecian, engañan y manipulan desde esos púlpitos laicos que son los medios de comunicación puestos a su servicio.

Otros que pretenden no darse cuenta de lo que hacen son los que explotan los recursos del planeta olvidándose de que no somos propietarios de la tierra sino simples administradores con el deber de transmitir a las generaciones venideras el jardín terrenal que Dios ha puesto en nuestras manos y que nosotros estamos destruyendo poco a poco hasta llegar un día a un punto de no retorno como ha advertido el papa Francisco en su reciente Carta Apostólica "Laudate Deum" publicada semanas antes de la cumbre de Dubai.

Aunque me duela de forma muy especial no puedo dejar de denunciar a esos clérigos devorados por la avaricia y la ambición, sacerdotes o frailes y monjes neuróticos, capaces incluso de violar las conciencias y los cuerpos de menores o de personas vulnerables con tal de satisfacer unos instintos salvajes y dignos de castigos ejemplares. Sí, ellos saben muy bien lo que hacen como también los que les encubren y no les entregan en manos de la justicia.

Pero Tú, buen Jesús, perdonas porque el perdón es una forma sublime del amor. Un perdón que mana como tu sangre desde el sublime madero de la Cruz. Tú dices que no saben lo que hacen. Si, hay algo que no saben: tu amor por ellos. Eso sólo lo puede conocer quien ama. Sólo el amor permite comprender el don del amor, escribía comentando esta palabra el gran teólogo alemán Karl Rahner.

Cada una de esas siete palabras merece una detenida meditación, una escucha desde el corazón pero no tenemos tiempo para hacerlo. Yo, sin embargo, quiero detenerme también en la quinta palabra :“Tengo sed”. Cuando el Señor la pronuncia evoca un salmo, el salmo 21 que dice: “MI paladar está seco lo mismo que una teja y mi lengua pegada a mi garganta”. Pero cuando sale de su boca no se refería a la sed indecible de su cuerpo desangrado a borbotones, cubierto por llagas abrasadoras y expuesto a los rigores del sol implacable en un mediodía del Oriente Medio.

“Señor- podemos ahora rezarle de nuevo con las mismas palabras del jesuita Rahner- tienes sed para que restauremos nuestras fuerzas en el agua de la vida. Te abrasas en esta sed para que de un corazón traspasado salte la fuente de vida eterna. Nos invitaste a esa fuente cuando exclamabas: “Si alguno tiene sed, venga a mí porque en mi seno correrán ríos de agua viva”.

Pero ese grito “Tengo sed” lo proclaman todavía hoy a los cuatro vientos millones de seres humanos, hombres y mujeres, niños y ancianos, enfermos. Pensad por un momento en los centenares de miles de habitantes de Gaza obligados a abandonar sus casas, a vivir en campamentos donde todo escasea y carecen de agua para beber o lavarse. El agua, uno de los bienes más preciosos y abundantes del planeta, es hoy una mercancía rara en muchos puntos de los cinco continentes. Según datos recientes de los organismos internacionales ochocientos millones de personas no tienen acceso a una fuente de agua segura; al mismo tiempo muchos de nosotros

la derrochamos, la despilfarramos, hacemos de ella un uso exagerado y caprichoso sin darnos cuenta de que otros hermanos nuestros mueren de sed o de enfermedades causadas por beber aguas contaminadas. Recordemos que Tú nos dijiste que si negamos un vaso de agua a quien nos lo pide, a Ti te lo negamos. Y Tú en la cruz ya sufriste las consecuencias de nuestro egoísmo.

Pero, hermanos y hermanas, un Pregón de la Semana Santa quedaría mutilado y vacío de contenidos sin fijar nuestra atención en Ella, en la Madre que ha acompañado al hijo camino del Calvario y que está a los pies de la Cruz aterrorizada por el salvaje espectáculo que se ve obligada a presenciar. “Stabat Mater dolorosa, iuxta crucem lacrimosa” , recita el himno compuesto en el siglo XIII por Iacopone da Todi y atribuido al papa Inocencio III . “Stabat”, estaba en pie, erguida como una columna pero con el corazón traspasado por la cruz que le había profetizado el viejo Simeón cuando presentó a su hijo en el templo.

Me han admirado siempre los títulos que la secular piedad cristiana ha atribuido a la Virgen en esos momentos tan dramáticos de la pasión y que encuentro en vuestros pasos : Nuestra Señora de la Piedad, del Mayor Dolor, de las Angustias, de la Esperanza Macarena, de la Misericordia Dolor y Perdón, del Calvario, de la Soledad, de la Amargura, Nuestra Señora de los Dolores. Cada una de esas palabras intenta expresar todos los sufrimientos de una Madre traspasada no por una sino por siete espadas.

Ella acaba de escuchar la voz trepidante de Jesús que ha dicho: “Mujer ahí tienes a tu hijo, hijo ahí tienes a tu madre”. Mujer, porque en esos momentos María la aldeana de Nazaret estaba en nuestro nombre como Madre de todos los vivientes, como la Madre de los hijos de Eva, era la Iglesia junto a la Cruz. Y al entregar la Madre al discípulo amado nos la ha entregado a cada uno de nosotros. Herencia sublime pero repleta de exigencias.

Sé que cuando salgan en las procesiones de los días venideros los pasos con las veneradas imágenes de la Virgen muchos de vuestros ojos se van a cruzar con los suyos; un intercambio de miradas que por nuestra parte serán expresión de nuestros miedos, de nuestros temores, de nuestras angustias; las de los hombre sin trabajo , las de la madres que no tienen nada o muy poco que ofrecer a sus hijos, las de los enfermos que se sienten abandonados, las de los jóvenes desnortados y

desesperanzados, las de los niños faltos de amor y de ayuda. No son necesarias las palabras, hablan los ojos y Ella- no lo dudéis- dirigirá a nosotros sus “ojos misericordiosos” como cantamos en la Salve, miradas de ternura, de compasión, de apoyo como un abrazo materno que disipa las tempestades interiores de nuestros corazones. Madre, madre siempre, madre que no juzga, que perdona, que acoge, que consuela, que enjuga tantas lágrimas.

Y ahora quisiera concluir estas pobres palabras con un llamamiento que he hecho siempre en todos los pregones que hasta ahora he pronunciado:

¡Albaceteños y albaceteñas que me escucháis, hombres y mujeres de La Mancha:

¡No os dejéis robar vuestra Semana Santa, no la malvendáis a quienes quieren aprovecharse de ella para otros fines por muy nobles y justificables que estos puedan parecer!.

¡No la despojéis de su sentido más profundo que es el de la contemplación y adoración de la Pasión y Muerte de Nuestro Señor Jesucristo, no la confundáis con un acontecimiento folclórico o exhibicionista, no la mercantilicéis ni la profanéis!

¡Conservadla como un tesoro de vuestra identidad y como una herencia que habéis recibido de vuestros mayores y que tenéis el deber de transmitirla tal cual a las generaciones venideras, a vuestros hijos y a vuestros nietos!.

¡Vividla con serena intensidad , sin frivolidad ni vanagloria. Dejad que os despierte un sentimiento religioso tal vez abandonado o descuidado y experimentaréis una sana alegría, una sensación de haber sido fieles a un patrimonio que os honra y dignifica!.

Si mi pregón os ha servido de ayuda volveré gozoso a Roma y os acompañaré desde la distancia en esta Semana que es Santa si vosotros os proponéis que lo sea. ¡Que Dios os bendiga y la Virgen Santísima os acompañe!.

Antonio Pelayo